

VIÑETAS DE OCTAVIO PAZ

Armando Cisneros Sosa, *I al mundo de Octavio Paz*, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, México, 2008, pp. 135. (Colección Sociología. Serie Saber).

Con ánimo de introducir a la compleja y apasionante trayectoria de Octavio Paz, Armando Cisneros Sosa nos ofrece en el libro que aquí presentamos una serie de viñetas. En efecto, por su tono de relato en que se combinan la familiaridad con los eventos, la plasticidad y el apunte crítico, los doce capítulos de que consta el libro –a los que se suma la introducción– producen el efecto de escenas cercanas que forman un continuo de ágil registro. El autor se detiene en sucesos biográficos, como son la infancia, el matrimonio y la amistad, principalmente con Alfonso Reyes; en afinidades literarias y políticas; y también de algunas de las empresas editoriales del poeta: *Plural*, *Vuelta*. Repasemos ahora algunos de estos capítulos para mostrar el interés del conjunto.

El cuadro de infancia, esbozado en el primer capítulo, pone de relieve la proximidad de Paz con su abuelo, el conocido

periodista y político Ireneo Paz, cuya muerte en 1924 deja en el niño un sentimiento de orfandad porque tiene entonces 10 años. En cambio, como relata Cisneros Sosa, la relación con el padre, el también periodista Octavio Paz Solórzano, es distante. En todo caso, lo más decisivo en el capítulo dedicado a la familia se encuentra en la temprana negativa del escritor a seguir un “destino” previsto por su historia familiar. “¿Seguir la vida de su padre, llena de luchas políticas fracasadas? Había que romper radicalmente con ese pasado.

La Revolución había terminado también para el joven Octavio Paz Lozano. Sólo le quedaba en la sangre el gen de las letras y de la comunicación periodística. Se iniciaba el camino de la *poiesis*, de la creación” (p. 26). Al subrayar este gesto indirectamente se describe la apuesta por la libertad de la poética de Paz, quien entiende la poesía como aparición de lo improbable e incluso de lo imposible. En lo biográfico esto se traduce en el desafío del destino, y en el plano histórico, en la superación de las condiciones dadas.

En el capítulo dedicado a las amistades, Cisneros Sosa sugiere el paralelismo entre Octavio Paz y Alfonso Reyes, quien

también conjura el pasado por medio de la literatura en su *Ifigenia cruel*. A pesar de su talante discreto, Reyes rechaza con violencia semejante a la de Paz el designio familiar-nacional que amenazaba con aprisionarlo.

Cisneros Sosa narra el ingreso de Paz a la tertulia de los Contemporáneos con la solemnidad que el evento amerita. Como se expone en “Los barandales”, segundo capítulo del libro, el contacto con este grupo y la toma de postura respecto a sus ideas estéticas resulta fundamental en la trayectoria de Paz. Al hilo de esta cuestión, se pone de manifiesto también el interés del autor por el nexo del poeta con el entorno social y político. Aun cuando se sabe heredero del ideal de rigor y de la vocación cosmopolita de los Contemporáneos, Paz suma a estas exigencias la del compromiso social, de lo que deja constancia en *Barandal*, la primera de sus revistas, y en los episodios relacionados con la aparición y clausura de esta publicación. Cisneros explica que la respuesta a los acontecimientos depende de grupos con espíritu diferente: escepticismo por parte de los Contemporáneos, mientras que el grupo de *Barandal* se caracteriza por su talante juvenil.

En el capítulo titulado “El ABC del marxismo” se desarrolla de forma equilibrada el tema de la actitud política del joven Paz. Más que en las discusiones del momento, este apartado se centra en la calurosa acogida de Paz a los españoles en quienes reconoce su línea familiar materna y, lo que es quizá más decisivo, la tradición en que se inserta su poesía. Sin poner en duda su militancia política, que es conocida, el autor muestra que incluso en ese momento de mayor eferescencia Paz distingue entre arte y ac-

tividad revolucionaria. Por ello, salvo excepciones, sus poemas no adoptan el tono de la propaganda. Aquí se destaca además el intenso intercambio del poeta no sólo con los escritores del exilio, sino también con los filósofos, quienes le presentan alternativas intelectuales en esa época tan marcada por la inflexibilidad de las ideologías.

En el capítulo “La amistad”, por un lado se documentan los malentendidos de Paz con Torres Bodet y sus efectos en la poética de Paz. Por otro, se insiste en la relación con Reyes, personaje tutelar que sale al auxilio del poeta en momentos decisivos; se apuntan las afinidades de estos escritores; entre otras, el “culto mesiánico al lenguaje”, y la audacia, ya mencionada, con que lo dos escritores rebasan los condicionamientos biográficos e históricos; y por último, se señala que Paz reconocía, más allá de sus grandes deudas con Reyes, la nitidez de su prosa. Además se menciona a otros amigos: Ramón Xirau, Carlos Fuentes, Elena Poniatowska. En última instancia se trata de un capítulo sobre la relación de Paz con Torres Bodet y con Reyes, lo que no es problema. El problema está en que no ofrece un examen suficiente del tema propuesto: la amistad. Haría falta ampliar la nómina de amigos que se presenta, y ahondar en el nexo que une a Paz con algunas de las figuras mencionadas, por ejemplo, en la muy compleja relación que sostiene con Fuentes.

En “Simpatía por el diablo” se desarrolla la relación de Paz con el surrealismo, el asunto por el que el autor se siente más atraído, lo que se refleja en la intensidad que adquiere el relato en este capítulo. Se reseña aquí el primer encuentro de Paz con Breton durante la estancia de és-

te en México en 1937, época en que ya es patente el atractivo que ejerce en Paz la crítica a la razón que propone el surrealismo. Se destaca además, desde otro punto de vista, la reserva de Paz frente al escepticismo de los Contemporáneos que deriva, en última instancia, del solipsismo racionalista. Esta reclusión del yo cancela la posibilidad de comunión, que es uno de los propósitos que persigue para Paz tanto en lo personal como en lo artístico. En este mismo capítulo, Cisneros Sosa apunta el nexo entre el mundo vital de la fenomenología y el impulso libertario del surrealismo. Se trata de una línea de investigación sugerente que merece ser explorada con mayor amplitud.

En referencia al reencuentro de Paz con Breton en París en los años cuarenta, Cisneros Sosa nos descubre que los hallazgos que comparte con los surrealistas durante su estancia en Francia son confirmaciones de intuiciones previas. Esa camaradería que surge del secreto compartido se ilustra con una referencia a “Noche en claro”, donde se recrean las andanzas nocturnas de Paz, Breton y Peret.

En este poema, a la soledad y a la derrota, se anteponen los poderes de la poesía, por la que todavía se puede pensar en un renacer, como se advierte con emoción en el libro: “Había en esa elegía un toque de humor negro. Se sabían solos, pero no asumían ni el solipsismo ni el nihilismo [...] Era en cambio, como el título del poema, un aclarar, un renacer” (p. 86).

En el capítulo sobre el “Arco y la lira” Cisneros Sosa recapitula lo dicho anteriormente para concluir que la continua pregunta por la poesía en Paz va de la mano de la pregunta por la libertad, pues en su caso la palabra poética reúne la reivindicación y el compromiso. Ante el

aislamiento de la razón moderna la poesía se presenta como escape hacia uno mismo y hacia los otros, como se compendia en este ensayo de Paz que es ya un clásico no sólo para la literatura mexicana sino para la universal, a decir de sus traducciones a diversas lenguas.

Como se muestra en el capítulo titulado “Plural”, la crítica de Paz al marxismo responde a la filiación surrealista, corriente que no admite dogmas de ninguna procedencia: “El surrealismo, negador de las representaciones absolutas, sean estas idealistas o materialistas, permite a Paz deshacerse de los neomarxismos de moda” (p. 110). A raíz de esta crítica en 1984, como explica Cisneros Sosa en el capítulo sobre “Vuelta”, un sector indignado por las declaraciones del poeta en torno a la revolución nicaragüense quema su efigie en el Paseo en el Paseo de la Reforma.

En contraste, Cisneros Sosa reconoce la nobleza de Paz en circunstancias graves, cuando renuncia a la embajada en la India como protesta por la represión del movimiento estudiantil del 68. Y este es otro rasgo del libro que presentamos: sin ser una apología, reconoce la coherencia de la trayectoria de Octavio Paz sustentada en convicciones que se mantienen desde su juventud hasta el fin de sus días. Entre estas destacan, como se ha venido diciendo, la crítica al solipsismo de la razón, el reconocimiento a la unidad de poesía y libertad, y el compromiso político y social.

Cierra el libro un esbozo de la entrega del Nobel a Octavio Paz en el capítulo que se titula precisamente, “Nobel”. El tono es de alegría compartida. Después de seguir el trayecto del poeta, Cisneros Sosa aparece como un entusiasta reseñista de este homenaje único que examina desde

un ángulo original. A su parecer, no sólo recibe el premio el individuo sino también el grupo de que forma parte. Así, continúa Cisneros, si Sartre obtuvo el Nobel para el existencialismo, y Neruda para la poesía militante, Paz lo ganó para el surrealismo.

Este repaso de las viñetas que se nos ofrecen en el libro *Introducción al mundo de Octavio Paz* nos deja la impresión de novedad. A través de sus páginas redescubrimos los dilemas que se le presentan al poeta en su juventud. ¿Qué hacer ante la disyuntiva entre el arte puro y el compromiso del que no se puede abdicar? ¿Cómo sostenerse en un ideal político sin cerrar los ojos a noticias fidedignas que lo cuestionan? ¿Qué respuesta dar al

autoritarismo del régimen mexicano? La imagen del Paz de los últimos años puede ocultar el paso oscilante del personaje real que desde muy pronto tuvo que definirse, y que encontró en la poesía el criterio para decidir en situaciones cambiantes. Porque la poesía, a pesar de su apariencia inasible, puede marcar pautas y pautas rigurosas, que se traducen, por ejemplo, en la defensa de la propia libertad y la de los otros, como nos muestra Armando Cisneros en su semblanza de Octavio Paz ■

Tatiana Aguilar-Álvarez Bay
Coordinación de Humanidades, UNAM.